Acerca de los veinticinco años de labor editorial universitaria

Héctor Salmerón Roiz

Hace veinticinco años, en enero de 1957, un grupo de jóvenes* presidido por el Rector, Gonzalo Aguirre Beltrán, se reunió en esta ciudad para prestar sus servicios a la también, entonces, joven Universidad Veracruzana. Las disciplinas que cultivaba este grupo eran, entre otras, la antropología, la filosofía, las letras, la historia, el teatro y la música. Vinieron a este centro universitario con el propósito de practicar y solidificar sus conocimientos y aptitudes en la cátedra y la investigación, así como a iniciar una labor editorial que pudiera dejar testimonio de todas las actividades y realizaciones de la Universidad. Dentro de estas ediciones, la primera de ellas fue la revista La Palabra y el Hombre, que desde el paso inicial quiso ser (como lo expresan unas líneas de Fernando Salmerón en la Presentación del número Uno): “...en primer lugar, un órgano de investigaciones libres en el que todas las opiniones tienen cabida –sin más limitación que la calidad de los trabajos– y cada artículo no compromete más que a su autor; pero, a la vez, quiere prestar servicios de información y de crítica y orientar al lector sobre una gran variedad de temas vivos para la inteligencia mexicana”. Ese propósito fue cumplido ampliamente, gracias al irrestricto apoyo que dieron el gobernador del Estado y el citado rector, con lo que los conocimientos y el entusiasmo de los jóvenes maestros cristalizó en una importante tarea de repercusión no solamente nacional sino también con eco más allá de nuestras fronteras.

Ahora, La Palabra y el Hombre cumple un cuarto de siglo y, sin lugar a dudas, sus fundadores no se imaginaron nunca que su vida pudiera prolongarse por tantos años, ya que las publicaciones culturales en nuestro país tienen normalmente una vida difícil y, por lo general, efímera. De esta regla se salvó solamente: la revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, y Cuadernos Americanos; la primera por la solidez de la institución que la publica y la segunda por la tenacidad y firmeza intelectual de su director, don Jesús Silva Herzog; el tercer caso es Diálogos, que bajo el auspicio de El Colegio de México, cumplió cuatro lustros el año pasado. Durante este lapso, muchas otras revistas aparecieron pero, o bien por dificultades ideológicas o económicas, sus existencias fueron truncadas.

Nuestra publicación, como es natural, ha tenido períodos afortunados y épocas difíciles; su paso no ha sido regular, pero la marcha –a pesar de las interrupciones– perduró. Su primera época data de la fecha citada hasta diciembre de 1962, en que aparece el número 24. Esta labor cerraba su primer ciclo al terminar también los seis años del gobierno de Antonio M. Quiroga, y antes de continuar con esta somera historia, es indispensable dejar sentado que sin la ayuda de Quiroga y, lo que es más importante, la libertad absoluta de criterio de que disfrutó La Palabra y el Hombre, no habría subsistido; queden, pues, estas líneas como un homenaje póstumo a quien, en un sentido figurado, fue su creador.

La segunda época se abrió en enero-marzo de 1963 y basta echar una ojeada al Sumario de ese número 25, para ver que entre sus colaboradores se hallaban valores consagrados, jóvenes investigadores e incipientes autores que iniciaban la laboriosa tarea de escribir. Don Jaime Torres Bodet trata el tema de la Responsabilidad de los universitarios; Enrique Florescano nos habla de Tomás Moro, y Alejandra More de la Conquista y la evangelización; Calixta Guiteras Holmes y Roberto Wi-
Iliams García nos dan apuntes de temas antropológicos; Ivette Jiménez y César Falcón, análisis literarios; y, en creación, tenemos trabajos de Elena Garro, Juan de la Cabada, Jaime Sabines, así como los primeros versos de Marcela Olavarrieta. A fin de terminar esta segunda etapa, Roberto Bravo Garzón, con carácter de Director Interino de la revista, publicó el número 48 para cerrar con agosto-diciembre de 1970 este periodo, en un afán de volver a unir los hilos perdidos de nuestra publicación y patentizar su existencia.

En el ciclo que inicia en enero de 1972, La Palabra y el Hombre cambia de formato y el número uno de la Nueva Época, aparece dirigido otra vez por Sergio Galindo, quien fue Director Fundador y, también una vez más la Presentación la hace Fernando Salmerón. El nuevo rector, Rafael Velasco Fernández, aspiró a reanudar las funciones editoriales en todos sus campos. En este número uno se publicó el discurso que pronunció al iniciarse los cursos de la U.V., el 4 de octubre de 1971, y en él, al hablar de las responsabilidades que le atañen nos dice: “Esto es un momento adecuado para reflexionar sobre las tareas que nos corresponden. La sociedad ha delegado en las universidades ciertas funciones que debemos tener presentes y cuyo cumplimiento es imposible, si se desconocen las características de las comunidades donde se desarrollan. Lo que quiero decir es que no puede formularse ningún programa de acción sin tener en cuenta el estado real presente, ni puede pensarse en la actividad universitaria sin ponerla en relación con el total de la realidad social en que debe operar”. Gonzalo Aguirre Beltrán toca el tema de La reforma educativa y los intelectuales; Jorge Alberto Manrique, escribe con acierto y soltura sobre la obra del pintor Francisco Toledo; Juan Manuel Galaviz nos habla del extraordinario escritor inglés Malcom Lowry, quien realizó en nuestro país su máxima obra, Bajo el volcán; Mario Muñoz nos introduce al conocimiento de Gombrowicz; Sergio Galindo publica el cuento que dio posteriormente título a su libro de relatos ¡Oh, hermoso mundo!; Jaime Augusto Shelley nos da unos fragmentos de su poema Cumplemuertes, y, para cerrar, Emilio Carballido nos entrega su obra en un acto Una rosa, con otro nombre.

Esta Nueva Época ha corrido a partir de la fecha indicada hasta llegar con este número a enero-marzo de 1982; es decir, diez años más de existencia durante los que ha habido demoras, pero no interrupciones. En este lapso, se publicó un Número Extraordinario, en septiembre de 1974, para conmemorar los treinta años de vida de la Universidad Veracruzana, y los colaboradores de dicho número fueron exclusivamente autores que, en una u otra forma, han estado unidos e interesados en la trayectoria de nuestra revista. Damos, solamente, la nómina de ellos: Gonzalo Aguirre Beltrán, Othón Arroniz, Miguel Angel Barberena, Francisco Beverido, Emilio Carballido, Carlo Antonio Castro, Sergio Galindo, Francisco González Aramburu, Waltraud Hangert, Aureliano Hernández Palacios, Jorge Alberto Manrique, Alfonso Medellin Zenil, José Luis Melgarejo Vivanco, Sergio Pitl, Rosa Maria Phillips, Fernando Salmerón, Rafael Velasco Fernández, Roberto Williams García y, el entonces Rector, quien hizo una breve reseña de los anales de nuestra Universidad durante sus tres décadas.

Como dijimos antes, el Director Fundador de esta revista (y de las publicaciones de que hablaremos más adelante) fue Sergio Galindo, quien siempre contó con la eficaz colaboración de Arturo Serrano. Damos a continuación la lista de todos los directores que ha tenido nuestra publicación: César Rodríguez Chicharro, Sergio Pitl, Rosa María Phillips, Roberto Bravo Garzón, Jaime Augusto Shelley, Mario Muñoz, Juan Vicente Melo y, desde abril de 1979 hasta la fecha, Luis Arturo Ramos.

Consideramos también justo mencionar a quienes han sido Rectores de esta Casa de Estudios durante este cuarto de siglo que estamos conmemorando: Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón, Fernando García Barma, Carlos Díaz Román, Antonio Campillo Sánchez, Rafael Velasco Fernández y Roberto Bravo Garzón.

Conforme a la Ley Orgánica que la rige, la máxima autoridad de la Universidad Veracruzana es el gobernador del Estado. Nombraremos a continuación a los que lo han sido durante estos veinticinco años: Antonio M. Quirasco, Fernando López Arias, Rafael Murillo Vidal, Rafael Hernández Ochoa y, desde hace un año y meses, rige nuestros destinos universitarios y estatales, Agustín Acosta Lagunes, acertada firmeza.

El índice de autores de los primeros seis años de La Palabra y el Hombre perfi la un vasto panorama de las letras de nuestro país y, sobre todo, hace manifiesto el propósito firme de la publicación de albergar en sus páginas a los maestros consagrados, a los jóvenes creador-
Wonfilio Trejo, Emilio Uranga, Carlos Valdés, Tita Valencia, Josefina Zoraida Vázquez, Luis Villoro, Roberto Williams García, Paul Westheim, Ramón Xirau, María Zambrano, Eralcio Zepeda y Olivia Zúñiga.

Como puede verse fácilmente no es un panorama exclusivo de la cultura mexicana puesto que hallamos aquí escritores españoles mundialmente conocidos a quienes el franquismo desterró de su patria, tales como el querido maestro José Gaos, Max Aub y Rosa Chacel; tenemos también aquí a Ernesto Cardenal y a otros muchos poetas, cuentistas e historiadores de otros países de América Latina.

La Universidad Veracruzana ha venido cumpliendo una importante función cultural, misma que le ha valido merecer notable prestigio; explicable por la propia labor que se realiza en el seno de cada una de las escuelas y facultades que integran nuestra casa de estudios.

En 1957 --díjimos ya--, aparece la revista La Palabra y el Hombre, a la que le corresponde precisamente destacar el desarrollo alcanzado entonces por nuestra institución. En torno a La Palabra y el Hombre, surge, como una necesidad inaplazable, la labor editorial; concebida por este hecho como una tarea educativa. Así, en 1958, se da otro paso en el desarrollo de la editorial con la creación de la serie Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo primer texto correspondió a Xavier Tavera Alfaro: Tres votos y un debate del Congreso Constituyente 1856-1857. Se inicia entonces el vínculo entre el trabajo editorial y la labor docente, tanto más significativa puesto que la joven universidad requiere acrecentar su acervo académico y mostrar la valía de su cuerpo de enseñanza.

La actividad editorial a que se da comienzo concibe su papel no ya con el carácter elemental de proporcionar un servicio, sino como la posibilidad de proyección de la universidad; proyección que, por lo mismo, es capaz de satisfacer las necesidades propias de la escuela, al tiempo que aporta nuevos elementos de cultura a la sociedad. En este sentido las publicaciones reflejan con fidelidad el pensamiento rector de esta casa de estudios, concebido en función de lograr una mayor amplitud de su carácter universitario (lo que por entonces era ya una necesidad) en parte creando nuevas escuelas, en el desarrollo y fortalecimiento de las ya existentes, en las reformas estructurales que permitieran su mejor funcionamiento y, por otra, en un concepto renovado de su papel de formador y creador de cultura.

Este tipo de planteamientos se refleja vivamente en la actividad práctica. Así, participa en la cátedra, en calidad de invitado, gente tan ilustre como el filósofo y maestro José Gaos con quien, además, se da principio a la colección --que nace tácitamente dirigida por Fernando Salmerón-- Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, con su obra Discurso de Filosofía; de Gaos se publicaron también Origenes de la filosofía y de su historia, y, Antropología e Historiografía.

Toda empresa universitaria es, en primer término, una empresa de cultura que, en nuestro caso, actúa en forma simultánea de dos maneras: por un lado, hace referencia al propio establecimiento, está vertida hacia dentro y, por el otro, se encuentra dirigida hacia el exterior, hacia la comunidad; aun cuando ambos sentidos constituyen las formas de proyección social de la misma. Por ello, no puede concebirse centro universitario cuya realidad no esté íntimamente vinculada a la vida social.

De esta manera surgen títulos y colecciones de enorme trascendencia, tanto para la vida universitaria como para el propio Estado. El Instituto de Ciencias, por ejemplo, publica en varios tomos la obra Regiones naturales y aspectos demográficos del Estado de Veracruz, tarea enorme de investigación que tiempo después se ve enriquecida con la Información general del Estado de Veracruz, y años más tarde con los ocho tomos que publica la Facultad de Economía: Análisis socio-ecónomico del estado de Veracruz.

Asimismo, toda labor universitaria plantea, en lo que se refiere a su función interna, determinados objetivos pedagógicos que si bien pueden variar de una época a otra, conforme los valores sociales se modifican, en ningún momento pierden su sentido esencial consistente en su propósito formativo. La función pedagógica primordial para todo centro de cultura es la de formar los cuadros profesionales, técnicos e intelectuales que pudiera necesitar el país en una etapa cualquiera de su desarrollo. Con este criterio debemos contemplar cada una de las publicaciones; de ahí, la enorme importancia que adquiere el trabajo editorial. En su momento refleja con extraordinaria fidelidad el desarrollo de la cultura en México y la Universidad Veracruzana participa en este proceso de desarrollo publicando las obras de gente como
Eduardo García Mányez, Manuel Durán, Edmundo O’Gorman, Rafael Segovia Canosa, Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón, Juan David García Bacca, etcétera, y se traduce a Kardiner, Knapp, Yankélevich, Foster y E.M. Forster, entre otros. A su vez, los logros obtenidos en este campo juegan un papel en el desenvolvimiento de la propia universidad, favorecen la elevación del nivel académico y la tarea de investigación; surgen entonces nuevas colecciones de apoyo como las de derecho, antropología, arte, economía, ciencias, enfermería, química, veterinaria, lingüística, y, hecho insólito y sin precedente en nuestro país, aparece la serie Ficción.

Para entender bien la trascendencia que la labor editorial de la Universidad Veracruzana alcanzó, es necesario tener en cuenta que en México, en 1958, solamente dos editoriales publicaban la obra creativa de los jóvenes: la colección Los Presentes, fundada y dirigida por Juan José Arreola, en la que el propio autor debía pagar su edición, y la serie Letras Mexicanas, del Fondo de Cultura Económica, en donde sólo después del éxito de venta que alcanzó Luis Spota con Casi el paraíso, y, el unánime clamor admirativo por El llano en llamas y Pedro Páramo, de Rulfo, así como Confabulario de Arreola, tan sólo después de ésto, repetimos, se abrieron las puertas de dicha institución para empezar a publicar a autores más jóvenes como López Páez, Galindo, Carballido, Hernández y otros. Así, la serie Ficción, de la U.V., tuvo inmediato éxito desde su primer título y la sorpresa en los círculos intelectuales y editoriales fue tan grande y positiva que muy pronto surgieron otras casas que iban a seguir fines similares: Joaquín Mортiz, Ediciones ERA y unos años más tarde, Siglo XXI. A la fecha, son muchas más las editoriales que se dedican a publicar la obra creativa de noveles, aunque sería necesario el establecimiento de muchas otras, dada la abundante producción actual.

Así pues, durante la década de los cincuenta los autores editaban sus propios libros, en tiros naturalmente muy bajos, y estos títulos iban a las manos de unos cuantos lectores sin que su aparición fuese en la mayor parte de los casos, relevante. Dentro de este desolador panorama, el nacimiento de la Serie Ficción marcó un verdadero despertar literario. Por primera vez, una casa editorial dio la debida importancia a los entonces jóvenes escritores Rosario Castellanos, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Tomás Segovia, Elena Garro, Francisco Salmerón, José de la Colina, Arturo Martínez Cáceres, Ramon Rodríguez, Jorge Ibargüengoitia, Alberto Dallal, Juan García Ponce, Sergio Pitoli, Juan Tovar y muchos otros. Pero no solamente, y este fue el mayor acierto de Ficción, se publicaron mexicanos; desde los primeros títulos se unieron escritores de otros países como Blanca Varela, de Perú, Alvaro Mutis, de Colombia, Pedro Juan Soto y René Marqués, puertorriqueños, Oswaldo Dragún y Haroldo Conti, argentinos. Y aquí un importante paréntesis para destacar que Ficción publicó por primera vez a un autor totalmente desconocido: Gabriel García Márquez, su tomo de cuentos Los funerales de la mamá grande, autor que muy pocos años después alcanzaría importancia mundial, como todos sabemos. Y otro acierto de Ficción, no solamente fue hacia los jóvenes sino también hacia escritores maduros de éste y otros países como José Mancisidor, José Revueltas, Rubén Salazar.
Mayén, Luis Cardoza y Aragón, Agustí Bartra, Rosa Chacel, Juan Antonio Bardem, André Coyné, Juan de la Cabada, José García Lora, Ramón Rubín, Salvador Novo, Juan Carlos Onetti, José Pedro Díaz, Max Aub y Luis Cernuda. Asimismo, hubo valiosísimas traducciones entre ellas El doctor y los demonios, de Dylan Thomas; Hay suficiente luz en las tinieblas, de Christopher Fry; Madre Juana de los Angeles, de Kawalerowicz y Konwicki y Cartas a la señora Z, de Kazimierz Brandys.

Uno de los tesoros artísticos más valiosos con que cuenta nuestra Universidad son las piezas arqueológicas del Museo de Antropología, muchas de ellas únicas en México por lo que en varias ocasiones nuestra institución se ha visto obligada a prestar algunas de estas joyas para ser exhibidas en museos de Europa, Asia y Estados Unidos. Nunca ha sido recomendable dejar que estas piezas viajen, y lo mejor es hacer libros de arte con este acervo, para que puedan ser conocidas mundialmente sin exponerlas al deterioro. Por estos motivos, en 1962 se publicó el número uno de la Serie de Arte, con un espléndido título: Magia de la risa, el texto literario le fue encomendado a Octavio Paz, quien en un hermosísimo ensayo nos habla de este período artístico de gran belleza donde venimos el orto y el ocaso de las caritas sonrientes; el texto científico estuvo a cargo de Alfonso Medellín Zenil, y las reproducciones fotográficas las realizó Francisco Beverido. Desafortunadamente, esta colección no llegó al número dos, pero es nuestro propósito reeditar el primer título, con nuevo material fotográfico que nos permita conocer más plenamente los detalles de estas esculturas, gracias a los avances que la tecnología ha logrado en el campo fotográfico. Dentro de esta serie, no solamente se publicarán libros de arte prehispánico sino que, también, aparecerán los más destacados artistas plásticos de nuestra época.

Desde sus inicios, La Palabra y el Hombre invitó a diversos artistas para que ilustraran los trabajos de la revista; en este número conmemorativo de los veinticinco años de su existencia se reproducen muchos de estos dibujos. Dentro de los colaboradores en esta rama cabe destacar los trabajos de: Leonora Carrington, Juan Soria-no, Héctor Xavier, Alberto Beltrán, José Cava, Mario Orozco Rivera, Francisco Beverido, Fayad Jamis, Rafael López Castro, Leticia Tarragó, Adolfo Mexiac, Marta Palau, Fernando Vilchis, Francisco Toledo, Rafael Villar, Myra Landau.

Esta trascendental tarea fue, sin embargo, interumpida y durante largos años dejaron de editarse nuevos títulos mientras las existencias de los publicados dormían –no el sueño de los justos– en las humedas bodegas de Jalapa, hasta que en 1979 reanudó la actividad editorial, actividad que ha corrido el mismo éxito que en su primera etapa.

Es, pues, para nosotros un alto honor hablar hoy, aquí, de esta noble tarea de la cultura y agradecer cumplidamente al Gobernador, Agustín Acosta Lagunes, su participación entusiasta en la continuidad de un trabajo universitario que es –visto bajo la perspectiva de los años– espejo social de nuestra patria a través de sus pensadores, narradores y artistas. El quehacer de la inteligencia mexicana expone sus mejores frutos en las páginas de esta elocuente obra universitaria.

Jalapa, enero de 1982.